

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Reflexión y síntesis historiográficas. Joaquín V. González y su aporte a la formación de una idea nacional.

Eberle, Adriana Susana.

Cita:

Eberle, Adriana Susana (2005). *Reflexión y síntesis historiográficas. Joaquín V. González y su aporte a la formación de una idea nacional. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/152>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xª JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

Título: "Reflexión y síntesis historiográficas. Joaquín V. González y su aporte a la formación de una idea nacional"

Mesa temática: N° 16, "Los usos del pasado en la Argentina (1870-1970): producción historiográfica y representaciones colectivas del pasado"

Coordinadores: Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian.

Pertenencia institucional: Universidad Nacional del Sur, Departamento de Humanidades

Autor: Eberle, Adriana Susana, profesor adjunto a cargo Historiografía Argentina y director de proyecto de investigación de la SECYT de la UNS

Dirección: Teniente Farías 2109, Bahía Blanca, Pcia de Buenos Aires

Teléfono: 0291-4552307

Email: aeberlerios@yahoo.com.ar

1. Un intelectual polifacético y compenetrado de los problemas de su país y el mundo de su tiempo, como Joaquín Víctor González, no podía permanecer ajeno a la reflexión historiográfica. Su compromiso político, y fundamentalmente su responsabilidad con la educación, lo instaron a la meditación serena sobre el pasado nacional en la convicción de que volviendo los ojos a la vida de cuantos habían gestado y sustanciado la Patria, pudiera hallar en ellas, elementos valiosos con los que afrontar los desafíos del nuevo siglo.

Como hombre del interior¹, trajo a Buenos Aires la sensibilidad de aquellos que en los campos de batalla o en los gabinetes de estudio, habían puesto su mente y energía en pos de la creación de una "patria propia, exclusiva, íntima y eterna"². Sintiéndose heredero de esa tradición y abierto a los avances de la

¹ Joaquín Víctor González nació en Nonogasta (provincia de La Rioja) en marzo de 1863 y murió en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1923. Político, legislador, funcionario, historiador, educador, filósofo, literato, es una de las personalidades más destacadas de la cultura nacional en el período moderno. Estudió en Córdoba donde se graduó de doctor en Jurisprudencia. Fue periodista en diarios de la capital mediterránea. Su labor intelectual es amplísima, alcanzando más de una veintena de tomos la publicación oficial de sus obras completas. Cfr www.argirópolis.com.ar/ameghino

² Joaquín V. González, *Patria*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1936, vol. XIX (primera edición, 1900), pág. 26.

ciencia, se aproximó conscientemente al pasado para buscar en él los argumentos que permitiesen el fortalecimiento del ideal nacional que, desde 1853, se abría a los confines del mundo invitando a hombres y mujeres a compartir el destino de la Argentina.

Coherente con su formación intelectual y su vocación a la prosa y la poesía, González capitalizó ambas en el conocimiento y contacto con los políticos que hicieron la Nación, sobre todo con Bartolomé Mitre. Y no es casual que reiteradamente aparezca en sus escritos aunque, es cierto reconocerlo, Joaquín V. González no siguió el modelo historiográfico de Mitre, no por desmerecerlo, sino porque el riojano no se reconoció ni se definió historiador. González se presenta un pensador, preocupado por el presente y el futuro, que fue al pasado para encontrar estrategias que le permitiesen construir una visión esperanzada del mañana y comprometer a otros en esa visión y en cuanto hubiese que trabajar para hacerla realidad. Esta primera inferencia nos habilita para introducirnos en los aspectos que trataremos en esta ponencia. Intentaremos entonces -desde sus afirmaciones, dudas y certezas- reconstruir su concepción de la historia identificando las distintas alternativas con que nuestro intelectual la abordó: por un lado, como una ciencia que debía conciliar la persistencia de tradiciones con la urgencia por establecer leyes, y por el otro, como un saber con una primordial función pedagógica. Estas dos visiones se potenciaron en la principal tarea que González le asignó al conocimiento del pasado: la formación de la idea de Patria, en un proceso que debía avenir las dispares manifestaciones que -a su juicio- asumía la entidad nacional, con la eventualidad simultánea de instituir los héroes que la representasen y que se convirtiesen en paradigma del presente para los nuevos ciudadanos que el país necesitaba.

Tan interesante temática será analizada fundamentalmente a partir de la lectura y reflexión de las principales obras de carácter histórico de nuestro intelectual, esto es, *La Tradición Nacional*, *Patria*, *El Juicio del Siglo*, *La Patria Blanca*, *Mitre* y *Meditaciones históricas*³. Aclaremos que la presente constituye la

³ Las obras consultadas fueron *La tradición nacional*, Buenos Aires, Hachette, 1957 (primera edición, 1888); *Patria*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1936, vol. XIX (primera edición, 1900); *El juicio del siglo*, en *Obras Completas*, op cit., vol. XXI (primera edición, 1913); *La Patria blanca*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1931 (escrito en 1920); *Mitre*, Buenos Aires, El Ateneo, 1931 (escrito en 1921); *Meditaciones históricas*, en *Obras Completas*, op cit., vol. XXII

primera aproximación a un tema que -desde la historiografía- no ha sido estudiado con detenimiento y que pensamos puede llevarnos a descubrir una inagotable riqueza en tanto y en cuanto estimamos que el estudio de diferentes individualidades confirmaría que la propuesta historiográfica del liberalismo de fines del siglo XIX y principios del siglo XX no fue la única lectura que se hizo del pasado: éste fue campo de estudio, análisis, discusión y enfrentamiento, apropiado por intelectuales provenientes de las más variadas ramas del conocimiento, enriqueciendo aquella lectura.⁴

2. Al plantearnos su **concepción de la historia**, debemos aclarar que en ningún momento el autor analizó qué entendía por historia, ni definió específicamente sus alcances o funcionalidad en el marco cultural: por el contrario hemos debido reflexionar con él a lo largo de sus páginas, los motivos que lo acercaron al pasado y las razones que, como hombre, educador y argentino, lo llevaron a identificar valores e ideas en la vida de los antepasados patrios.

En *La Tradición Nacional*, la historia se le presentó "descarnada y fría" sin los "atavíos con que la adorna el sentimiento humano"; esta visión sin humanidad ni emoción, propia del rigor científicista de fines del siglo XIX, no fue ciertamente la aspiración de González. Estimó que todo argentino debía cuidar con "culto religioso" el legado material y espiritual del pasado, pues él estaba impregnado de "humanidad". En su obra *Patria*, leemos:

No leamos la historia por el único prestigio y el atractivo épico de las batallas y de los tumultos populares: éstos solos no constituyen la gloria, si conducen a la dicha duradera, porque también hay combates heroicos, grandiosos, para aherrojar libertades y esclavizar y conquistas pueblos enteros. **Leamos sus páginas** para desentrañar de ellas **los consejos de la sabiduría, de la moral y de la verdad**, que han de conducirnos por caminos rectos y seguros, porque no sólo contienen el alma de los grandes hombres que veneramos, sino la **síntesis de una experiencia**, la realización de leyes seculares que llegan a convertirse en leyes permanentes de la evolución universal (*Patria* 35, el destacado nos pertenece).

(escrito en 1921). Toda referencia a ellas se va a hacer de ahora en más citando al final de la cita y entre paréntesis, el nombre de la obra y la página en que se encuentra.

⁴ Esta ponencia se enmarca en la historia intelectual tal como la define Carlos Altamirano en "Ideas para un programa de Historia Intelectual", en *Prismas*, revista de historia intelectual, Quilmes, Editorial de la Universidad de Quilmes, 1999, nº 3. Su propuesta no es una historia exclusiva de obras y procesos ideológicos sino la relación de conceptos e ideas ubicados en la dimensión simbólica de la vida social y sus actores, y en procesos más amplios como la definición de la identidad nacional, por ejemplo. Por eso estudia los aportes originales de los intelectuales a quienes responsabiliza de la complejización y enriquecimiento de las mismas ideas que estudia.

Consejos y síntesis de experiencias se ofrecían al lector interesado en sacar provecho de la historia. Cada hombre debía tomar conciencia de que su nacionalidad no venía a ser una individualidad "adventicia" sino la relación de las diferentes generaciones que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo; por eso no se limitó a proponer una "relación" como mera crónica de acontecimientos. Para nuestro intelectual, la historia era una reflexión "crítica" de las influencias dejadas por cada época, influencias que fueron fundando la idea de nacionalidad. Esta idea sería más "perfecta y consciente" cuanto más atrás pudiesen remontarse en los orígenes⁵ y, por lo mismo, "más ejemplares y docentes" serían las lecciones legadas a las nuevas generaciones: éstas no confundirían lo verdadero y lo propio ni se dejarían extraviar por doctrinas que poco o nada tenían que ver con lo nacional. Lo que legitimaba esa idea de nacionalidad era el quehacer del historiador o, en su defecto, de todo intelectual preocupado por la pervivencia del pasado común.

También volver los ojos al pasado significó aceptar el desafío de enfrentarse a "resultados irrevocables", a "enseñanzas fatales"; sin inmovilizarse por este determinismo González admitió "la evolución de los tiempos" y la posibilidad de que ideas y términos -que en apariencia eran incommovibles- pudiesen sufrir cierta actualización siempre y cuando no se alterase el núcleo esencial de lo nacional.

Porque la aproximación al pasado no podía hacerse con los mismos criterios que los de las otras disciplinas, en principio no habló de la historia como ciencia o saber específicos, sino que empleó la expresión "he hundido mi pensamiento", o sea, he efectuado "un largo y amoroso estudio" cuyo resultado eran consejos y no dogmas:

Es la confianza **amistosa, fraternal**, de un espíritu que ha sumergido sus alas en las aguas puras de la **meditación desinteresada**; que no siente odio, ni animadversión, ni antipatía por ninguna clase, ni hombre aislado, ni credo, ni institución social o política alguna, porque cada grupo halla su bienestar en su propio medio moral o físico... (*La Patria Blanca* 22, el destacado nos pertenece)

⁵ Los orígenes los buscó en el pasado "inmediato": los tres siglos coloniales, y el más remoto, en Europa, de donde venían la "civilización" y el "genio". Y concluyó: "Lo que constituye el alma, la personalidad, el timbre, la fuerza y vitalidad de una nación, es la constancia y convencimiento de ley de unidad que vincula el núcleo viviente con sus remotos orígenes ancestrales (Juicio del Siglo 23)

Advirtamos que si bien enunció "consejos", podemos inferir que presentó la disposición particular con que el historiador debía adentrarse en los senderos en apariencia impenetrables, del pasado. Porque -a su entender- cada nación debía transmitir por medio de la escuela y la prensa "su propia manera de leer la historia" (*La Patria Blanca* 47) es decir, adaptar la enseñanza a los caracteres esenciales y a la historia del pueblo. Por ello le pareció trascendente pensar en que la fuerza real de una nación no radicaba en cuanto hacía, sino en cuanto creía. Y por lo mismo, la celebración del centenario de la revolución de Mayo, o de la Independencia, eran ocasiones más que propicias para que cada argentino pensase en su historia, en la patria y en cuanto ella significaba (*La Patria Blanca* 145).⁶ Por lo dicho, Bartolomé Mitre sería el único que alcanzó esa "religión intelectual", soportando proscipciones y probándose con angustias personales que lo fortalecieron en esa vocación de reconstruir el pasado de la Patria, que González llegó a llamar en él "consagración" (*Mitre* 123). Ambos coincidieron en que "el único medio de salvar el alma de una nacionalidad, que decae o se desnaturaliza, es volverla a sus orígenes..." (*Meditaciones Históricas* 13) a fin de demostrar la persistencia de ideas y valores que definiesen con claridad lo nacional. Así, la idea democrática se le presentó como una constante, un hilo conductor de las elaboraciones doctrinales y las soluciones prácticas. Y además de esas ideas vertebradoras, simultáneamente detectó actuando en la conciencia colectiva, la acumulación de viejos errores y hábitos, que conformando la cultura política, se presentaban como elementos retardatarios.⁷

Sin embargo, la historia no le pareció un saber exclusivamente "ideal" sino que lo fundó en un claro humanismo, tanto por acordar con otros historiadores de su tiempo que se ocuparon de escribir biografías, y desde éstas la época, como por entender que las ideas y valores propios de una nacionalidad debían encarnarse en "hombres representativos", "guías supremos" que eran los que daban unidad al quehacer y sentir de los pueblos. No se definió antropocentrista (*Meditaciones Históricas* 47) sino creyente en el hombre y en sus realizaciones, y no sólo en el ser argentino, sino en éste como parte integrante de toda la

⁶ El autor lamentó enormemente que estos temas tan hondos al sentir nacional hubiesen caído "en desuso" en ciertas esferas sociales, sobre todo entre dirigentes y responsables políticos.

humanidad, valorando las creaciones propias como expresiones del perfeccionamiento humano en general. Es, desde este punto de vista, que González se reconoció "nacionalista humanista".⁸

3. Como hombre formado en la universidad positivista, no fue extraño que J. V. González, si bien sostuvo que no hacía historia, profundizase en su **carácter científico**; más aún cuando -por entonces-⁹ era tema de debate en los ámbitos superiores de la investigación y la fundamentación filosófica de la ciencia. Con el fin de esclarecer ideas indicó:

El criterio positivo no significa mercantilismo, sino la investigación de los fenómenos sociales en su fuente -la naturaleza-, y la averiguación de las leyes que los produjeron. Y ¿de qué otra manera llegaremos a la fórmula natural de nuestras relaciones políticas, si no es conociendo las raíces primitivas de nuestra sociabilidad y de nuestro gobierno? (*La Tradición Nacional* 23)

Por lo tanto, aproximarse al pasado con criterio de historiador implicó para González hacerlo con discernimiento positivo o científico, entendiendo que para alcanzar un conocimiento acabado y pedagógico, era menester hacer uso de todas las habilidades intelectuales sujetas al rigor de los planteos científicos. Al respecto, compartamos esta sugerencia metodológica que dejó a sus contemporáneos y a la vez advirtamos cómo discriminó qué era hacer historia científica y qué asumir una posición fundándola en el pasado:

[los historiadores nacionales] no han reflexionado bastante sobre el caso [refiere a Rosas], como para dar una **solución realmente científica**, por decirlo así, ya que **los**

⁷ En estos conceptos se acerca a Juan Agustín García, contemporáneo, quien en *La Ciudad Indiana*, plantea la persistencia de constantes que impregnan el alma nacional. Cfr la edición de Hyspamérica, 1987, págs.1-7.

⁸ Para profundizar estos conceptos cfr *Meditaciones Históricas*, op cit., págs. 40, 47 y 161.

⁹ Recordemos que hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX se dio el debate entre ciencias sociales y ciencias duras, tema que hemos analizado en nuestro trabajo *La historiografía argentina, 1880-1910, De la tradición romántica a la experiencia liberal positivista*, presentado en el seminario "Tendencias historiográficas actuales", dictado por el Dr. Juan Manuel Santana Pérez en el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1996. Ese debate fue tratado por Miguel Cané, "Positivismo", en *Ensayos*, Bs As, La Tribuna, 1877; Paul Groussac, "La paradoja de las Ciencias Sociales", en *La Biblioteca*, Bs As, Lajouane ed, 1896, año I, tomo II; Lucas Ayarragaray, "Criterio para escribir la historia", en *Humanidades*, revista de la Universidad de La Plata, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1924, tomo IX; Rodolfo Rivarola, *Ensayos históricos*, Bs As, Universidad de Bs As, 1941, sosteniendo la pertinencia de las ciencias humanas.

problemas de la historia tienen por excelencia ese carácter. **Censurar, maldecir, fulminar** la tiranía, es un bello movimiento de la conciencia honesta y de todo corazón inspirado en la libertad y la justicia; pero **analizarla, escrutarla y filiarla en sus raíces y caracteres** para defender el porvenir contra sus reviviscencias, es hacer obra de patriotismo supremo y **hacer decir a la historia lo que encierra de consejo y de enseñanza**, debajo de las vibraciones de la poesía y de los encantos de la leyenda... (*Juicio del Siglo 85*, el destacado nos pertenece)

Desde esta perspectiva entonces la historia como ciencia analiza en los acontecimientos sus orígenes, pero sobre todo, más que hechos, las ideas, valores, creencias que vertebran y fundan la nacionalidad. Por eso no fue casual que rescatase el género historiográfico de Mitre, la biografía, pues en la vida de un hombre que personificase una época, era más asequible hallar y definir esos valores e ideas, con la advertencia de perseverar en la "crítica científica" (*Meditaciones Históricas* 52) y en el equilibrio del juicio histórico.

Cuanto venimos exponiendo aparece especialmente revelado en un prólogo que hiciese nuestro autor en 1912 a la obra *Lecciones de Historia Argentina*, de Ricardo Levene, bajo el título *Enseñanza de la historia nacional*. En esa oportunidad, y tras acentuar el rol de la escuela pública en la obra constructiva del ser nacional, destacó que la historia como ciencia había alcanzado a definir con claridad su objeto, pero las orientaciones con que podía abordárselo se presentaban "múltiples". Para ejemplificar sus dichos, González aclaró que la historia podía admitir dos perspectivas: una razonada, producto de la inteligencia, y otra imaginativa, siendo la primera "la que estudia las leyes sociales o principios que rigen en general los movimientos evolutivos de un pueblo", mientras que la segunda "sólo presenta el relato más o menos animado o dramáticos de los hechos pasados..."¹⁰

González optó por la primera entendiendo que la "ciencia es todo" en tanto realidad observada y estudiada en todos sus aspectos pero con la finalidad de alcanzar -como resultado de todo el proceso intelectual- la definición de conceptos permanentes, de "leyes históricas" que operarían a modo de guías para la solución de eventuales conflictos. Sin desestimar la riqueza del arte y la filosofía en sus diversas manifestaciones, nuestro autor independizó a la historia de la influencia de éstas, y la relacionó exclusivamente con la ciencia:

¹⁰ J. V. González, *Enseñanza de la historia nacional*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1936, vol. XVI, pág. 165.

De manera que la materia sustancial de la historia, o sea las leyes de formación, crecimiento, crisis, expansión y perpetuidad de las sociedades políticas o naciones, la ofrece, la estudia y la revela cada vez con más amplia perceptibilidad, la ciencia.¹¹

Y como ciencia, la historia debía abocarse a la búsqueda de la verdad. Para hacer historia había que abandonar las mezquindades de partido, los prejuicios nacionalistas, los personalismos y las rutinas escolares, y ahondar en el pasado para hallar la verdad (*Juicio del Siglo 16*) con espíritu científico. Por ello su aporte como intelectual se justificaba en la medida que fuese fiel a la verdad sin desvirtuarla, más por respeto a la Nación que a la idea de ciencia.

Y como ciencia que buscaba la verdad, la historia también tendría que formular leyes. A su entender, los historiadores, partiendo de Mitre y López, guiados por "el estudio, el raciocinio y el amor a la patria y la humanidad" y superando el panfleto y la expresión facciosa, debían emprender la tarea de establecer leyes.

Es tiempo ya de empezar el análisis científico que procure arrancar la historia del dominio de las causas accidentales, transitorias o personales, para ensayar la deducción de leyes constantes o periódicas, radicadas, ya sea en los caracteres étnicos y territoriales invariables, ya en las propias enseñanzas del pasado más remoto, ya, por fin, en la sistematización de las ideas, principios o teorías expuestas por los escritores de la época (*Juicio del Siglo 15*)

Por lo tanto, y en el estado en que a su entender se encontraban los estudios históricos en la Argentina, era tiempo más que oportuno para comenzar a presentar los hechos en forma de "ley histórica", como principio dominante y sólo destacando "el elemento civilizador y orgánico" (*Juicio del Siglo 40*). En este sentido, identificó la idea de ley (propia de las ciencias positivas o exactas) con la de constante o predominante, abarcando valores, creencias, consensos, enraizados en nuestro pasado como comunidad nacional. En esto se acercará nuevamente a Juan Agustín García, ya que así como éste identificó el culto al coraje o la falta de respeto a la ley, González propuso la ambición y la posesión (*Juicio del Siglo 53*). Pero para González, las leyes históricas no eran sólo ideas o sentimientos, sino también hábitos políticos; por ejemplo, la suerte de los argentinos siempre en manos de un grupo reducido que se hizo del poder; la vocación a la unidad nacional desde 1810; la integración de un sistema

¹¹ Ibid., pág. 166.

parlamentario; las victorias y fundaciones imperecederas como hijas de la unión, y los eclipses de la libertad, "engendros del odio" (*Meditaciones Históricas* 126).

Como ciencia además, sus cultores debían abocarse a la investigación haciendo ejercicio de un alto oficio guiado por la objetividad; coherente una vez más con la influencia positivista, el autor exigió recordar los hechos "desde la *altura serena y luminosa*", como "juez supremo", ecuánime y apelando a su conciencia. Ese exámen "desapasionado" (*Juicio del Siglo* 50) e "imparcial" (*Juicio del Siglo* 215) era el único posible para poder detectar cualidades y fuerzas positivas en el largo camino de las pruebas; porque el balance que elaboraría el historiador debía ser objetivo con vistas a dar mayor valor al modelo de cultura política alcanzado y distinguirse "por un marcado sentimiento de justicia, de verdad y exactitud, que excede a toda sugestión de bandería, de apasionamiento personal o de prejuicio transmitido..."¹² Ser discreto y no caer en el extravío muy común de suplir "un sereno examen crítico" con la "reminiscencia de odios, rivalidades y antagonismos", porque la ciencia moderna indicaba "que ya es tiempo de independizar el juicio histórico, de aquellas parcialidades y tendencias..." (*Meditaciones Históricas* 93) para no alterar la verdad contaminándola de odios contemporáneos, o bien, haciendo propios en el presente los enconos del pasado. Como resultado el estudioso realizaría una historia "más hecha, más generalizada", formando "una conciencia más justiciera que sentimental o tendenciosa" (*Meditaciones Históricas* 146)

Aunque su vocación lo llevó a las letras y al ensayo, supo vislumbrar la complejidad del conocimiento histórico y aportar interesantes reflexiones por demás innovadoras para su época, por su originalidad y por adherir a los nuevos movimientos que buscaban ampliar el espectro de lo histórico más allá de los límites que le imponía la explicación de índole política. Así, los hechos históricos respondían a una multiplicidad de variables y factores, aunque en casos específicos era posible destacar una causa determinante; por ejemplo, "la causa verdadera y única de todas las desgracias nacionales, y de todos los retrocesos sufridos en la marcha progresiva que hemos debido seguir" era el espíritu de odio

¹² Ibid., pág. 175.

(*Meditaciones Históricas* 63), sin menguar por ello la ocurrencia de otras variables. Y concluyó:

Nuestro esfuerzo mental debe hacerse para concretar el pensamiento a una sola faz del hecho, ya que no es fácil abarcar el campo del historiador en todos sus aspectos, **geográficos, sociológicos, étnicos, culturales, políticos, económicos**, pues todo esto entra en su intrincada complejidad (*Meditaciones Históricas* 155, el destacado nos pertenece)

A los elementos mencionados, debían sumarse las "fuerzas morales", derivadas de la razón y el sentimiento (*Meditaciones Históricas* 186) que venían a complejizar y, a la vez, enriquecer más la visión de los hombres del presente hacia el pasado. Y si bien todas las variables eran influyentes, destacó:

- a) lo geográfico: ya en la obra *La Tradición Nacional*, de 1888, remarcó González la influencia del elemento geográfico, entendiendo que cada región del país "imprimía" (término que emplea el autor) en el alma de los pobladores un sello propio -lo que llamó "la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos"-, en la poesía, la música, las tradiciones, el arte, y la vida misma (*La Tradición Nacional* 20). La impronta natural entonces "coloreaba" a los habitantes y a sus expresiones humanas.
- b) lo étnico: sin profundizar su visión sobre el elemento indígena, digamos sí que entendió que constituía un factor más en el conjunto de los intervinientes en la definición del estado social de la Nación. Reconoció también que la influencia del indio en el "tipo nuevo" argentino no era sensible, aunque "ella vale como cantidad negativa, o como fuerza de resistencia, que la raza civilizadora europea tuvo que vencer para realizar su misión absorbente y transformadora..."¹³ Entendamos que aquí González no hace más que seguir la propuesta interpretativa que ya Sarmiento y Alberdi habían elaborado, aunque en nuestro intelectual advertimos ese paso más, inducido por la influencia decisiva del positivismo con la idea de selección y perfeccionamiento de las razas, pues su razonamiento se cerraba con la total absorción del "elemento indígena" por el "tipo civilizado".
- c) Lo psicológico: El ascendiente del científicismo también se revela en la importancia que asignó al componente psicológico incidiendo en los actores

¹³ Ibid., pág. 168.

sociales y en sus acciones.¹⁴ En *La Patria Blanca* sostuvo que sus especulaciones tenían como orientación la "investigación psicológica de nuestra sociedad, en la historia y en la vida contemporánea..." (*La Patria Blanca* 27-28) y aclaró que el posicionamiento, tanto para el tiempo pasado como el presente, era el mismo, entendiendo la psiquis como incidente en las tomas de decisiones y en las acciones de los hombres, como variable que explica acontecimientos, ideas, valores y creencias de un individuo o el colectivo social.

- d) Las tradiciones: en su temprana obra *La Tradición Nacional*, aludió González a la "tradición" como un elemento "primo" de la historia y esencial en toda agrupación humana. Reconoció que, a la hora de intentar reconstruir una nacionalidad, se hacía indispensable estudiar la poesía y las tradiciones como estrategia para alcanzar "la concepción del alma" que las produjo, tanto en un plano espiritual, como en sus proyecciones materiales, por ejemplo la organización social (*La Tradición Nacional* 21).

Desde este matiz, nuestro autor muestra coincidencias con Vicente F. López, quien -en este aspecto- discrepó largamente con su contemporáneo Mitre; González, con la libertad que le daba "meditar sobre el pasado", rescató lo tradicional, consciente de que "los pueblos cantan, sufren, esculpen, edifican, y cada poema, cada drama social, cada monumento, son el reflejo de su pensamiento en la literatura, en la ciencia y en el arte..." (*La Tradición Nacional* 23) La historia entonces no sólo admitía la influencia de múltiples variables sino también numerosos enfoques porque así era la realidad. Por ello, su búsqueda de conciliar los planteos cientificistas con su insistencia en las cuestiones culturales, ubica a nuestro autor como un pensador ecléctico que supo hacer suyas las tradiciones y las sugerencias de avanzada.

La tradición entonces fue definida como el primer esbozo del saber histórico de cada pueblo:

La poesía como manifestación primitiva del espíritu, y la tradición como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va a beber los elementos de la obra reveladora; y la poesía y la tradición, teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, no mueren sino que toman nuevas formas siguiendo la

¹⁴ Esta misma tendencia, desde lo historiográfico, la desarrollaron sus contemporáneos José Ingenieros y los hermanos Ramos Mejía; cfr nuestro trabajo *La Historiografía Argentina...*, op. cit

elevación del nivel social y las transformaciones progresivas que los tiempos y los sucesos obran en la esencia de las razas (*La Tradición Nacional* 23).

Por eso había que indagar las tradiciones para escrudiñar los caracteres íntimos de un pueblo y detectar en ellos los indicios que explicasen las venturas y desventuras del pasado y el presente. Asimismo, la historia venía a ser propia de aquellos pueblos que hubiesen alcanzado un cierto grado de "civilización". Siguiendo a Vicente F. López, la historia se convertía así en un relato al que la tradición "da vida a una narración llena de animación y de colorido..." (*La Tradición Nacional* 41) por más que buscasen rescatar "nuestra herencia secular" y "el fondo inmutable de la raza".

Sólo necesitamos despojarnos del polvo de las luchas recientes, para contemplar el pasado y comprender lo que valen para la dicha y la grandeza de la patria, los recuerdos, los vínculos de sangre, el tesoro de las glorias comunes, guardado con el religioso respeto de los amores supremos y transmitido por los anales de la familia secular (*Patria* 26)

Y no dejó de lamentar que nuestra tradición se "contaminase" y que los hijos de familias aún patricias, se fanatizasen con ideas exóticas olvidando "las más encarnadas tradiciones ancestrales, patrióticas, universitarias o domésticas..." (*La Patria Blanca* 172) para salir a renegar de la memoria, los símbolos e instituciones respetados en todo tiempo.

4. Como educador, no escapó al pensamiento de González la **función pedagógica de la historia**, saber privilegiado que permitía a los pueblos conservar la unidad étnica y territorial al tiempo que su identidad nacional. Despertando el siglo XX, escribió *Patria* y reflexionando sobre la revolución de Mayo entendió que aún no había sido estudiada en profundidad tal que pudiese extraerse de ella la lección que legaba. El gran problema de la "escuela nacional" seguía siendo qué estrategias poner en práctica para desarrollar en los niños las ideas y sentimientos de nacionalidad.

Y si la historia es una enseñanza, hay que decir también que no bastan la sabiduría y los grandes y maravillosos progresos de la industria, si no llevan consigo estas dos cosas fundamentales: salud moral y física, y carácter, o sea fuerza moral y fuerza material reunidas. Con la primera sabe amar su libertad, y con el segundo sabe imponerla o conquistarla (*Patria* 58)

El historiador estaba llamado a individualizar los elementos constitutivos de esas fuerzas moral y material que deberían conservar la unidad del conjunto social y asegurar su pervivencia en el tiempo y frente al impacto de influencias exteriores. Sin embargo, su compromiso también era presentar las páginas en que primó la desunión: "como la única forma de extirpar las raíces del primitivo mal, para que la semilla del odio que hubiera podido persistir aún en los muros antiguos se transformase por lenta evolución en el germen del amor y la tolerancia, como ley social del porvenir y como exponente real de la nueva cultura..." (*Juicio del Siglo* 78)

Por lo tanto se vinculaban dos responsabilidades: la del historiador, encargado de examinar el pasado y hallar las constantes, y la del educador, que debía formar la conciencia social y humana, cívica y política en niños y jóvenes para que perseverasen las constantes de la cultura política nacional. La historia venía a facilitar la adquisición de conciencias: la social y la cívica (*Juicio del Siglo* 101).

El historiador-docente debía mostrar los problemas propios de nuestra sociedad y el camino para resolverlos, a partir de las peculiaridades nacionales y las imposiciones del medio geográfico e histórico. Retomando la noción de fatalidad propia del mundo filosófico de su tiempo expuso: "la historia trae resultados irrevocables, pero trae también enseñanzas fatales, que es imposible desatender" (*Juicio del Siglo* 205). Porque "nuestra idea, como creemos deberá ser la misión de todo espíritu cultivado en las ciencias sociales y políticas, es que la nación de hoy, y más aún la de mañana, reporte de su vida pasada las saludables lecciones de experiencia y de buen juicio, que se encierran siempre en las cosas del tiempo transcurrido" (*Juicio del Siglo* 213) E insistió González en que no era ni honesto ni eficaz encubrir u ocultar los errores o defectos colectivos, o bien magnificar los méritos, ya que la historia estaba llamada a disciplinar precisamente para evitar frustraciones.

La historia es una enseñanza y una fuerza de expansión en la labor de un pueblo, cuando es **verídica, honrada y justiciera**; pero en las condiciones contrarias, sólo puede conducir a falsas deducciones y a posiciones engañosas, cuando no equívocas o peligrosas para la propia estimación y respeto. Y es honra singular para la República Argentina que en su literatura histórica hasta ahora producida, hubiese predominado más que el afán de los relatos heroicos de guerras nacionales y civiles y un prurito de exaltación propia, un elevado **espíritu de análisis y propio criticismo**, que es y será

más provechoso para el propio gobierno (*Juicio del Siglo 214*, el destacado nos pertenece)

En este punto de análisis, González exaltó la obra de B. Mitre y V. F. López. Si bien reconoció que ambos forjaron un "molde" a la historia patria, ese molde se había convertido, por el espíritu crítico y reflexivo que lo inspiró, en el paradigma de la época y en el modelo institucional a seguir por la educación. De Mitre valoró el haber construido ese "molde" sobre "documentación auténtica" y de López, un método que conciliaba un sistema de examen y de crítica comparativas fundándose en su cultura adquirida (filosófica, social y literaria), en la vivencia personal y en el testimonio de los protagonistas de la época. La historia la habían escrito los padres de la historiografía nacional, y de ellos debía ineludiblemente nutrirse la escuela, pues ésta "ha de elaborarlo todo en la obra constructiva de la nacionalidad"¹⁵: responsabilizó entonces a las instituciones escolares en tanto constructoras de la idea de nación y las instó a nutrirse en la historia que era -al efecto- la ciencia educadora por excelencia. El ideal nacional debía "servir de móvil, orientación y finalidad de la enseñanza y educación colectiva, como una ley conductora en el horizonte, como un ritmo del trabajo común, como una recompensa anticipada de cada gramo de esfuerzo individual" (*La Patria Blanca* 53)

Por lo dicho y coincidiendo con Mitre y López, nuestro intelectual llegó a la conclusión de que "la Historia, si no ha de ser ejemplo, no vale la pena escribirla..."(*Meditaciones Históricas* 188) porque venía a ser el sostén de la nacionalidad y de los valores y actitudes propias del buen ciudadano: entrega de sí mismo, sacrificio personal, poder de renunciamento, energía para superar presiones, propia inspiración. Porque era en la historia que se cobijaban los "nobles ejemplos", "héroes y mártires del pasado" que formarían ciudadanos conscientes de su responsabilidad.

5. En esta instancia de nuestro análisis podemos reflexionar ya en la finalidad suprema que el intelectual riojano le asignó a la historia: **construir, cimentar y sostener la idea de Patria y los modelos de héroe** como máximos exponentes de los ideales patrios. No nos detendremos en sus consideraciones sobre la

Patria, sino en la alta función social que nuestro autor le asignó a la historia: ésta debía explicar cómo se formó la idea de Patria ahondando en las raíces españolas, signando los elementos que la componen, destacando "los sentimientos primordiales" y mencionando también las pasiones y arbitrariedades que la empañaban. Por ello, su invitación a contemplar el pasado llevaba el propósito de recordar todas las instancias en que se "unieron los corazones" y se armonizaron las inteligencias (*Patria* 28). Era la unidad de valores y creencias la que daba carácter propio e íntimo a la Patria, distinguiéndola de otras naciones pero coincidiendo con éstas en sus contenidos de humanidad y vocación universal a la justicia, la paz, la verdad, la libertad. Así la historia debía exponer esos puntos de contacto entre la propia patria y los elementos comunes a todas las patrias. Lo individual y propio alcanzaba a confraternizar con lo común de la vida social de las distintas naciones, es decir los principios de "una sociedad organizada, educada, dotada de un alma, un sentido o conciencia comunes, que le han hecho capaz de una inspiración, de una voluntad y de un ideal únicos" (*La Patria Blanca* 32) Por ello, el ideal patriótico se le presentó producto de una evolución.¹⁶

Era un deber de las generaciones sucesoras de aquella que fundó la Nación Argentina, reunir, conservar y multiplicar, para los siglos venideros, la magnífica herencia, no sólo en cuanto se compone de bienes materiales, sino de los recuerdos, de las tradiciones, de los atributos y cualidades del carácter de los progenitores, todo lo cual constituye el alma inmortal, el numen inextinguible entre una y otra época, la vida, en fin, de la entidad imperecedera que llamamos patria, y que tan hondos y poderosos sentimientos engendra y convierte en fuerzas para el sacrificio, para el trabajo, para el combate (*Patria* 38)

Para González, las nuevas generaciones estaban llamadas a "hacer revivir la conciencia de la propia grandeza" (*Patria* 20), resucitar el espíritu patrio alicaído por las tendencias de partido y las ambiciones personales, recuperando el respeto por lo propio. La historia era la que asumía la responsabilidad de recrear la imagen de la Patria: "es que esa idea es unidad, es fuerza, es acción colectiva, es

¹⁵ J. G. González, *Lecciones...*, op. cit., pág. 165.

¹⁶ El autor inicia su reflexión en Platón, pasa por el cristianismo y sufre la acción selectiva de las razas superiores. Admite "no estoy lejos, y sí muy al contrario, íntimamente poseído de la convicción de un común destino de todas las naciones de la tierra, hacia un punto del tiempo futuro señalada por una constelación de tres estrellas que en el mapa sidérico llevan los nombres de ideal, justicia, belleza. Los tres se forman metafísicamente de un elemento de unión y cohesión, que es el amor, como su fuerza atractiva y fundente. Lo contrario es el odio, despotismo y deformidad..." (*La Patria Blanca* 152)

concepto individual, social, nacional, político, y lleva en sí la íntima relación de alma y de cuerpo, de territorio y de habitantes, de propiedad y soberanía, de voluntad y de renuncia, de abnegación suprema, de amor y de martirio: *la patria es la más poderosa abstracción que haya creado el lenguaje humano*, la síntesis más absoluta y verdadera de la vida" (*Patria* 25)

6. Tras reflexionar la obra historiográfica de Joaquín V. González, podemos exponer las **líneas cardinales** de su pensamiento. En principio convengamos con él que encontraba en el hombre un cierto apego por su pasado, una fuerza poderosa de atracción que lo invitaba a reconstruirlo (*La Tradición Nacional* 21), a unos como historiadores y a otros como intelectuales preocupados por alcanzar una "síntesis crítica": como afirmase en *El Juicio del Siglo*, una penetración honda, un estudio vasto de las leyes de la vida de un pueblo y de las fuentes múltiples en que vivía la historia o esperaba ser revelada. Es por esto que, desde el conocimiento profundo de la obra de Mitre y López, quienes "construyeron el basamento de la grande historia o bosquejaron con líneas bastante definidas sus caracteres permanentes" (*Juicio del Siglo* 14), propuso partir de esos "cimientos" e inspirado en el estudio, el razonamiento y el amor a la patria y a la humanidad, realizar un "examen desapasionado" de todo lo publicado hasta el momento a modo de "síntesis" que elevase y principase la idea del "viaje común".

Por tanto, la posición intelectual de González frente a la historia no fue la del científico ni la de quien destacaba méritos o confrontaba documentos, sino la "meditación" de hechos destacados desde la cual fuese posible deducir "lecciones útiles para nuestro tiempo, en cuanto afectan los ideales contemporáneos y las tendencias más dominantes en el alma de nuestros pueblos" (*Meditaciones Históricas* 103) Destacó que la crítica histórica debía volver sobre algunos temas con el fin de analizar la mutación de ideas y valores y su redefinición de acuerdo a los diferentes tiempos y caracteres, o sea, ir al pasado con el ánimo de revisar y "depurar" la idea nacional para elevarla a planos superiores. Porque "muchos de los juicios formados en la mente de nuestro pueblo por la difusión didáctica de los hechos hasta ahora conocidos y escritos, habrán de modificarse en el grado y medida del progreso que las ideas superiores de ética y justicia sociales realicen en el alma colectiva" (*Meditaciones Históricas* 183) Su revisionismo se

fundamentó entonces en que la propia conciencia humana iba cambiando por distintos motivos, y, por ende, su proyección en la sociedad, al punto de justificar una nueva lectura de las reconstrucciones del pasado para responder a las exigencias del presente.

Y esto era posible porque la historia venía a recrear "estados de alma y de vida", propios del pasado pero que -por su contenido ético, ideal y místico- permitían plantear permanencias y recreaciones en el espíritu individual y colectivo. González insistió en que llegaban a ser constantes en el alma de la sociedad al extremo de recalcar que frente a la necesidad de ser tolerantes y solidarios, finalidades inspiradas en los héroes del pasado y difundidas por la escuela, se elevaba el odio, la discordia y el egoísmo, sentimientos todos que, aunque asumiendo apariencias diferentes, habían inspirado los acontecimientos del pasado (*La Patria Blanca* 148). Esos "caracteres individuales" se le presentaron "personificaciones de una época", "formaciones históricas" (*Meditaciones Históricas* 151) en tanto y en cuanto las concibió "combinaciones convencionales de voluntades o intereses" que fueron traídas a la realidad por la creatividad del héroe quien se constituyó en una gradación ascendente en la vida civilizada. Cada época tendría sus significantes que, a modo de individualizadores, le imprimirían el "tipo humano", el "estado social único" y la fusión privativa de valores, ideas y principios, conjunto viable de ser reelaborado a instancias de otras conjunciones de variables individuales y colectivas, pero que mantenía imperecedero el núcleo esencial de lo propio, de lo nacional y de la humanidad.

Por todo lo dicho convengamos en que, más allá de las peculiaridades del pensamiento de Joaquín V. González, como sus contemporáneos, creyó que estaba llamado a penetrar los senderos del pasado "con interés patriótico y con sentimiento de artista" (*Patria* 66) convencido "de la grandeza histórica del pasado". Porque si el objeto de la historia de una Nación y la finalidad única de la escolaridad venía a ser la de fundar y consolidar la Patria, "toda virtud cívica, todo heroísmo y sacrificio personal de patriotismo surge en último resultado del hábito que los hombres adquieren de considerar a su país como un gran conjunto orgánico, de identificarse con su suerte en el pasado y en el presente, y en mirar ansiosamente hacia sus destinos futuros..." (*Juicio del Siglo* 159-160)